

## VI

Aquella semana, los esposos Frogé se admiraron al ver que les visitaban no siendo su cumpleaños, ni día de año nuevo.

Una tarde, á eso de las cinco, cuando Sebastián Frogé regresaba de dar su paseo habitual, dejaba su sombrero sobre el mueble que desde hacía venticinco años estaba destinado á este uso, cuando sonó la campanilla, y Gustavo Mirmont entró sin que la criada le anunciase, pues la gordinflona cocinera en su vida había oído decir que debían ser anunciadas las visitas.

—¡Señor Mirmont!—exclamó el profesor con asombro.—Se ha tomado usted el trabajo...

—Es un placer, mi querido profesor—repuso Mirmont;—he querido subir para tener noticias de usted. Se le ve á usted muy pocas veces frecuentar la sociedad; pero como mis nuevas relaciones me proporcionan el placer de pasar con frecuencia por la puerta de su casa, aun á riesgo de ser indiscreto...

—Nunca, jamás es usted indiscreto; en esta casa siempre será bien recibido, ¿no es verdad, Isabel?—dijo alegremente Sebastián dirigiéndose á su esposa.

Isabel estaba un poco contrariada al verse sorpren-

dida, con su cofia de andar por casa, por el encopetado visitante, el cual parecía no haber reparado en aquel detalle, cosa que la consoló. Mirmont habló de cosas extraordinarias; creía en el éxito de la proyectada Exposición. Había visitado los trabajos, afirmando que todo marchaba admirablemente. Sebastián, que aquella mañana había leído lo contrario en su periódico, le costaba algún trabajo creerlo, á pesar de la alta opinión que tenía de su antiguo discípulo, y hasta creyó que no afirmaba su parecer con la seguridad con que tenía por costumbre hacerlo.

—Si tiene usted interés en ello—añadió Mirmont como argumento decisivo—puedo hacerle entrar para que vea los trabajos; no verá gran cosa interesante, únicamente los cimientos, pero en fin, no dirá usted que no se ha hecho nada.

La proposición pareció tentadora; al público le estaba prohibido entrar en el recinto donde se hacían los trabajos, y esto bastó para que los ojos de Isabel brillaran con placer.

—Les enviaré un pase—añadió Mirmont,—con el cual también podrá entrar, si á ustedes les parece bien, su señorita sobrina.

—¡Estoy seguro de que se alegrará mucho!—exclamó Sebastián.

—Y si ustedes quieren avisarme del día que elijan, yo estaré allí para servirles de guía y darles alguna explicación—añadió Mirmont.

—Nunca me atreveré á pedirle á usted tanto—dijo Isabel, sonrojada por la confusión.

—Será un placer para mí; se lo aseguro á ustedes.

Debo mucho á mi antiguo profesor para no tener una completa satisfacción en poderle dar alguna prueba de gratitud!—replicó Mirmont con exquisita dulzura.

Más de una vez miró la puerta y permaneció de visita hasta las seis menos cinco minutos; Camila no se presentaba y resolvió despedirse, pensando en que la joven no regresaría para la hora de comer.

Cuando bajaba por la amplia escalera de piedra de aquella antigua casa, construída en una época en que el terreno no costaba tan caro como ahora, oyó en el vestíbulo unos pasos apresurados, se inclinó sobre la barandilla, y vió la elegante silueta de Camila.

Subía de prisa, llegando un poco tarde, y casi se halló al lado de Mirmont sin haberle visto. Al notar á un hombre tan cerca de ella, tembló levantando los ojos. Su mirada encontró á la de Gustavo, respetuoso, tierno y decidido. Con sus ojos parecía decirle:—He venido para ver á usted, volveré; aun no sé lo que es necesario hacer para agradarla, pero lo conseguiré, estoy seguro de ello, pues emplearé todos los medios imaginables.

Camila respondió con un saludo seco á la profunda inclinación del funcionario, pasando como una reina ante un humilde súbdito.

Cuando llegó á la meseta de la escalera, no pudo evitar el volver la cara; aquel movimiento que Mirmont sabía suelen hacer las mujeres, lo tenía ya previsto, é hizo perder á la joven su ventaja, pues tropezó con otra mirada que le decía:—Señorita, gracias á su sexo que en estos casos le da ventajas sobre el mío, es usted la más fuerte; pero yo soy más hábil; ¡después de todo no

es usted más que una hija de Eva! Sin embargo, soy su más sincero y humilde admirador.

Mirmont acabó de bajar la escalera, mientras ella concluía de subirla, y se fué contento creyendo no haber perdido el día. Camila entró muy irritada en el domicilio de sus tíos, sobresaltado su orgullo y, sin embargo, su vanidad quedaba satisfecha ante el homenaje que aquel hombre le rindió, á pesar de no serle agradable.

Al siguiente domingo, el rodar de un cochecito turbó los dormidos ecos de la casa; luego una voz de niño, fresca y sonora, retumbó de arriba abajo en la caja de la escalera, y, mientras la portera se preguntaba con asombro, á qué domicilio de sus viejos inquilinos podría ir tanta juventud, la señora Brécart, con su hija en brazos, llamaba á la puerta de los esposos Frogé.

Fué la tía Isabel quien abrió, pues era día de salida para la criada, y al pronto no reconoció á la joven, á la cual no había visto hacía lo menos diez años.

—Vamos, parece mentira—dijo Clara riéndose,—la tía Isabel no sabe quién soy, y sin embargo, yo vengo á verla; ¿dónde está el tío Sebastián?

—¡Clara, Clara Laugé!—exclamó al fin la tía Isabel recordando á la joven.

—Ahora soy Clara Brécart; mi hijo Félix, heredero de toda la gloria de su papá y de todas las ambiciones de su mamá. ¡Abrácenos usted á los dos, tía Isabel, pues ya sabe que se la quiere mucho!

La señora Frogé, á quien todo el mundo en San Martín llamaba la buena madre sin saber por qué, tal vez á causa de su bondad maternal que la hacía ser cariñosa con todos los niños ajenos á falta de tenerlos

propios, se apresuró á llamar á Sebastián y á Camila.

Se presentó Sebastián, que, más listo que su esposa, no tuvo necesidad de mirar dos veces á la joven para reconocerla; tendió los brazos al niño y Félix se puso inmediatamente á saltar sobre sus piernas.

Camila se hizo esperar más; consagraba los domingos por la tarde á leer libros piadosos y por nada del mundo hubiera dejado la meditación comenzada: al fin se presentó, abrazó á su amiga y saludó al niño sin hacerle caricias, de lo cual se guardó mucho de quejarse el prudente muchacho, y en seguida se levantó una especie de rumor entre la reducida reunión. Camila era demasiado perfecta para tomarse interés por las bagatelas humanas que las dos señoras se referían con mil detalles fútiles. ¿Qué le importaban á ella las cosas de San Martín? Las muertes ó los casamientos de aquel rincón de provincia en donde había pasado sus primeros años, no tenían importancia alguna para ella; su espíritu, que sin cesar se esforzaba en elevarle hacia la perfección, estaba por encima de todas aquellas frivolidades de las que no quería hablar.

Sin embargo, como la señora Frogé y Clara eran incapaces, tanto una como otra, de sostener una conversación más adecuada á la seriedad del domingo, la señora Brécart se despidió de sus amigos haciéndole prometer á la señora Frogé que irían todos á comer con ella el próximo jueves.

—Tú vendrás también—dijo á Camila;—procuraremos hacer una partida de *bouillotte* después de comer ¿verdad, señor Frogé, que á usted le agrada este juego? ¡Ya ve que aun me acuerdo de sus gustos!

Se fué; el ruido del cochecito se dejó oír en el vestíbulo, y los dos viejos se miraron sonriendo; les parecía que un rayo de sol había visitado su casa; sus ojos se fijaron en Camila, y el calor, la luz de aquel rayo se desvaneció en el acto.

—¡Qué joven tan amable!—exclamó Sebastián.

—Sí; pero muy frívola—repuso Camila.

—Es propio de su edad—añadió la señora Frogé sintiendo necesidad de excusar aquella frivolidad encantadora que le parecía ser un pecado muy venial.

—Somos casi contemporáneas—objetó la joven con frialdad.—Siento que los años y el matrimonio no hayan inculcado en Clara un sentimiento más vivo de sus deberes y de su responsabilidad.

El rayo de sol se desvaneció por completo; los esposos cambiaron una mirada. Camila era tan perfecta, que en efecto, tenía derecho á ser severa; verdad que la señora Brécart no era amiga de las conversaciones serias; pero en cambio parecía ser muy buena madre y amar mucho á su marido... La señora Frogé propuso dar un paseo para cambiar el curso de las ideas.

Camila supo disculparse para no hacer la acostumbrada visita al trócadere, de donde sus tíos trajeron un regular cansancio y una porción de tierra pegadiza en el calzado; Mirmont, que les había paseado por todas las partes cuya entrada estaba prohibida al público, traía por su parte una cólera concentrada contra aquella coqueta que le había hecho perder el día y se prometió hacérselo pagar cuando llegase la ocasión.

El jueves asistieron á la comida ofrecida por los Brécart, y los esposos Frogé, al regresar á su casa, con-

vinieron en que no tenían otro remedio más que devolverles el obsequio, y á la vez tendrían ocasión de invitar á Mirmont, que tan amable había sido con ellos.

Al conocer semejante resolución, sintió Camila despertarse su mal humor; pero supo dominarlo y se mostró resignada y humilde ante la nueva prueba que el destino le enviaba. Con un semblante resignado ayudó á su tía á bajar de los estantes más elevados el hermoso servicio de porcelana blanca con filetes dorados, que en junto no habría servido más que unas cinco veces; fué limpiando, pieza por pieza, los platos, las compoteras, las dulceras con la apariencia de una virgen cristiana que camina hácia el suplicio; visitó los almacenes de cristalería del barrio Poissonnière para completar el servicio de cristal, de cuyas piezas habían desaparecido muchas, en cumplimiento de esa ley misteriosa que dice que los vasos, de los cuales nadie se sirve, se rompen sin tocarlos, lo mismo que se desvanece el humo ó una burbuja de jabón; ayudó á su tía á repasar los manteles y servilletas de damasco, amarillos por el tiempo, á hacer adornos con las servilletas para colocar en ellas pañucillos, y fué al mercado con la criada para cerciorarse de que el pescado era bueno; pero se negó en absoluto á poner los pies en la cocina.

—Me parece—decía su tía desolada—que podrías, al menos, decirme si hay que añadir azúcar á la crema ó si la salsa de los cangrejos tiene bastantes especias!

—Tía, yo no entiendo nada de eso—respondía la joven con la firmeza de una heroína;—no hay que obligarme á hacer cosas que no son de mi competencia.

Por primera vez en su vida, la señora Frogé se pre-

guntó si Camila no era tan perfecta como ella había creído hasta entonces; pero no era aquel el momento de discutir una cuestión tan grave: la crema no esperaba y los cangrejos reclamaban con imperio su salsa: la buena mujer dejó este asunto para mejor ocasión.

En el momento de ponerse el asado al fuego, la señora Frogé miró á su alrededor encontrándose completamente sola. Sebastián acababa de marcharse con precipitación para recordar al pastelero un encargo del cual parecía haberse olvidado; la criada fué en busca de la ensalada, pues nadie se había acordado de ella; el portero, á quien las circunstancias le investían con el blanco mandil, había ido á dar una mirada á su chiribitil; después de tanto bullicio aquel aislamiento parecía extraño á la anciana.

—Camila, ¿dónde estás?—exclamó.—Tengo cien cosas que hacer y estoy completamente sola...

Se fué al comedor. Allí no había nadie, ni tampoco nada que hacer; la mesa estaba puesta en orden y los cubiertos colocados con la mejor simetría: la dueña de la casa se cercioró de que aquella operación nadie la hubiera podido hacer mejor. Pero ¿dónde estaba la joven?

—Camila, ¿dónde estás?—volvió á gritar la buena señora

—Tía, estoy en mi habitación: me visto. Estaba en su derecho; la señora Frogé lanzó un suspiro regresando á su laboratorio. ¡Ah! ¡Si tuviera una hija! ¡Camila era simpática, muy perfecta, pero no le gustaba la cocina, tampoco era amiga de limpiar bien los cacharros ni los muebles! Si la señora Frogé hubiera tenido una hija le

habría enseñado dos ó trescientas recetas que hicieron á Sebastián el más goloso de todos los profesores.

Cuando la pobre señora lanzaba un segundo suspiro, regresaron sus acólitos, volviendo á reinar en la casa una febril actividad.

¡Llamaron! Isabel aun estaba revestida con las insignias cocineras. ¿Quién iba á recibir á los invitados? Por fortuna en el instante en que la criada abrió la puerta apareció Camila en el salón, llevando una rosa en los cabellos y otra en los encajes que adornaban el escote del vestido... ¡Camila escotada! era la primera vez que se veían el blanco cuello y los agradables brazos de Camila. Antes que tía Isabel, que miraba por la rendija de la puerta de la cocina, tuviera tiempo de frotarse sus asombrados ojos, se volvió á cerrar la puerta del salón, y Gustavo Mirmont, seguido de Camila, entraban en él.

Mientras se terminaban los últimos preparativos, tía Isabel se ponía apresuradamente un traje de ceremonia, y Mirmont tampoco perdía el tiempo. No es que hiciese grandes alardes de elocuencia, pues después de su muda conversación de la escalera, la conversación oral no era muy cómoda para ambos personajes; pero ¡cuántas miradas llenas de una admiración tan viva como respetuosa no cayeron sobre las dos flores!

Era necesario hablar y aquí había de hacer sus pruebas la diplomacia.

—Es usted muy feliz, señorita—dijo insidiosamente el antiguo alumno de Frogé.

La mirada de Camila demostró sin rodeos que no se creía tan particularmente favorecida por la Providencia y pedía una explicación de aquellas frases.

—¿Ha encontrado usted á una amiga de la infancia? —añadió Mirmont.

—¡Ah, sí...—Camila pronunció estas palabras con supremo desdén.

—Usted vive muy retirada y esto, tal vez, le dará ocasión para frecuentar más la sociedad, en la que será muy festejada, por más que usted la desdén... —Yo no la desdén—repuso Camila con frialdad.—Es que la sociedad y yo nada tenemos que decirnos.

—Eso será opinión de usted, no mía—repuso galantemente el funcionario.

Camila indicó con un ademán que le era completamente igual.

—Muy bien—se dijo Mirmont.—Pero ¿para qué se pone las dos rosas encarnadas en ese cabello negro y en el blanco escote?

Cuando se hacía esta pregunta, la campanilla volvió á sonar; Camila, conociendo el número limitado de las convidados, no pudo evitar un estremecimiento, pero no que la sangre huyese de su rostro para afluir de nuevo á él casi en el acto.

—El que va á entrar es quien ocupa su corazón—pensó Mirmont, esperando con indecible curiosidad al recién llegado.

¡Oh sorpresa!

Clara Brécart entró vistiendo un traje de lana muy sencillo, pero hermoso como un pastel de Lotour, y llevando en la mano un enorme ramillete de flores.

—Buenos días—dijo á Camila á la vez que hacía un ligero saludo á Mirmont, para responder á su profunda inclinación.—Apostaría á que no has puesto flores

en el comedor. No digas que no, sería una mentira.

—Yo no miento nunca—exclamó Camila con dignidad.

—Yo tampoco; pero no hay flores en el comedor; te conozco, habrá muy buenos entremeses y muy buenos postres; pero ni un solo ramo; los ramos son una cosa inútil, un lujo malsano; puesto que algunas veces dan dolor de cabeza, y porque siempre son un lujo.

Camila oía estas palabras, ó mejor dicho no las oía con los ojos fijos en el espejo que estaba frente á la puerta de entrada, preguntándose si por casualidad Clara habría venido sola... De pronto, contuvo por dos veces su respiración, y Mirmont, que á la vez que hojeaba un álbum también miraba con disimulo al espejo, no pudo menos que confesarse ser muy arrogante la figura del que acababa de entrar.

—Buenas tardes, señorita—dijo á Camila el recién llegado.

Antes que Mirmont, estupefacto, pudiese preguntarse por qué no decía nada á la otra joven, ésta exclamó con viveza:

—Pablo ¿apostarías á que te has olvidado las rosas blancas?

Mientras volvía el ingeniero al recibidor, donde se había dejado las rosas, Mirmont paseó sus miradas por las dos jóvenes.

—¡Es el marido de la otra!—se dijo.—He aquí una aventura.—La segunda reflexión fué menos moral que filosófica.—El muy pícaro es amado por tan linda pareja. En verdad que las dos son muy hermosas! ¡Hay personas que tienen suerte!

Los esposos Frogé entraron juntos en el salón, disculpándose por su tardanza, y Clara aprovechó las presentaciones para ir á colocar los ramilletes en el comedor.

—Ya lo sabía—se dijo paseando su satisfecha mirada por las rosas que iba colocando en vasos de cristal en los extremos de la mesa—ya sabía que no pondrían flores; Camila es demasiado austera... ¡Calla! se ha puesto dos rosas... Es la primera vez que lo hace en su vida... ¿Será por ese señor? ¡Ah, si se la pudiese casar! ¡Yo me alegraría mucho!

Al terminar esta reflexión, Clara cogió dos rosas y se las puso sin mirar dónde, luego volvió á reunirse á los demás.

La comida fué excelente, todo fué á pedir de boca: una crema de chocolate, hecha de un modo especial, presentada en platitos pequeños, fué lo que más agradó á Mirmont, quien, á pesar de agradecerle las cosas modernas, no dejaba de ser bastante goloso.

—¡Esto es muy hurgués!—se decía.—Solamente en la isla de San Luis ó en las inmediaciones de la plaza de los Vosgos, puede encontrarse una crema tan buena.

Cuando los licores, procedentes de la bodega de la casa, hicieron su aparición, los invitados pasaron al salón, sucediendo los *dúos* al *sexteto* de la comida. Clara, que en la mesa no había dejado á Mirmont, se acercó á tía Isabel, que estaba medio hundida en un sillón y le puso una mano sobre el hombro diciéndole en voz baja:

—¿Ese caballero es un pretendiente de Camila?

La señora Frogé tembló mirándola asustada.

—¿Quién se lo ha dicho á usted?—repuso con algún

recelo; pero la sonrisa y la mirada de Clara no tenían la menor malicia.

—A mi juicio es una cosa muy fácil de ver, y usted le debe haber invitado porque este pretendiente agrada á Camila.

—No lo creo así—murmuró la señora Frogé.

—¡Pues yo creo que sí!—repuso la joven mirando al otro extremo del salón.

De pie, Camila conversaba con Mirmont, mostrándose continuamente desdeñosa, sin que por esto aparentase encontrar al funcionario indigno de su conversación; en algunos instantes reía mostrando sus blancos dientes un poco agudos, pero muy bien alineados. Su mano jugueteaba con las hojas de un libro y su blanca muñeca se destacaba de la negrura del traje con el brillo del jazmín.

—Me parece que se muestra algo coqueta con él—dijo la señora Brécart.

¡Camila coqueta! La señora Frogé miró á Clara con estupefacción; pero le parecía que hablaba con seriedad. Fijó entonces los ojos en su sobrina, y en verdad, cualquiera que no la conociese creería que estaba coqueteando; tenía un modo de bajar los ojos, de mirar de lleno á su interlocutor, que formaba extraño contraste con su modo de ser habitual; ¡pero Camila coqueta! Ella, que era tan perfecta, y despreciaba tanto á los hombres, era imposible que pudiese proceder de una manera semejante. La señora Frogé explicó á la joven todas las cualidades de que su sobrina estaba adornada.

Clara la oía sonriéndose, y su mirada, rebosando inocente malicia, se cruzaba con la de su esposo, que no le

jos de allí explicaba al bueno de Frogé el complicado mecanismo del plan de estudios de la escuela central. Pablo Brécart se divertía en hacer comprender los descubrimientos modernos á un espíritu tan sencillo como el del viejo profesor de literatura, cosa que le parecía muy divertida al ingeniero. Encantado de ver que su esposa también había encontrado la manera de distraerse, le hizo una señal imperceptible para cualquiera otro, prosiguiendo después la conversación.

—Desgraciadamente—dijo suspirando la señora Frogé—Camila ha tenido muy pocas ocasiones de frecuentar la sociedad; usted ve ese caballero, yo creo que le han interesado su belleza y sus buenas cualidades; sin embargo, yo no puedo invitarle todos los días, y como no puede verla más que en nuestra casa, esto va á durar mucho tiempo; además los matrimonios que se arreglan en seguida, no me inspiran confianza.

—Querida señora mía—repuso Clara—comprendo su embarazo, y yo puedo con mucho gusto acudir en su auxilio. ¿Conoce usted á fondo al señor Mirmont?

La señora Frogé explicó con todos sus detalles la antigua amistad y las buenas relaciones que ligaban á Mirmont con su esposo, extendiéndose sobre los méritos y cualidades del funcionario, con tanta minuciosidad, como si desde los siete años le hubiese tenido siempre á su lado.

Las gentes que apenas conocen la sociedad, se prestan con extraordinaria facilidad á dar á los demás el carácter que quisieran que tuviesen. Nada es más peligroso ni más erróneo que los informes dados por esos espíritus sencillos que ven en los demás su propia imagen.

En boca de los esposos Frogé, Mirmont era un hombre completo, un funcionario admirable, un solterón modelo. Si le hubieran preguntado á Isabel si Mirmont había tenido amantes, hubiese levantado las manos al cielo con una indignación sin límites.

La señora Brécart, aunque joven y virtuosa, por lo mismo que era mujer, y mujer de sociedad, veía un poco más claro que la buena Isabel. La misma pregunta que hubiese escandalizado á la anciana señora, á ella no le hubiera hecho levantar las manos al cielo, sino que hubiera contestado con una sonrisa y un prudente silencio; pero sobre los demás puntos no tenía ningún motivo para recusar la competencia de la anciana y aceptó á Mirmont por un cumplido caballero, de una moralidad irreprochable, lo cual era verdad en todo, menos en lo referente al bello sexo.

Separándose sin ceremonia del lado de la señora Frogé, que en el acto se quedó dormida, Clara fué en busca de su marido y aprovechando la primera coyuntura favorable le llamó aparte.

En dos palabras le explicó las esperanzas de la señora Isabel, las cualidades de Mirmont y la dificultad de casar á Camila sin ayudarla, sin prestarle un poco de apoyo moral; en un momento convino un plan que hizo aceptar á Pablo, un poco asombrado de aquel proyecto.

—¡Todo lo que tú quieras, me entrego por completo á tí!

Pablo regresó al lado del viejo profesor que le esperaba con impaciencia, ansiando seguir el movimiento. A decir verdad, el movimiento databa de hacía veinte años

¡y qué años! los más hermosos y fecundos para la ciencia, y, sin embargo, para aquel buen hombre todo era completamente nuevo.

De este modo, conoció de repente los descubrimientos de Claudio Bernard, los de Berthelot, los de Pasteur, y en otro orden de cosas el éxito alcanzado por Emilio Zola. A cada nuevo descubrimiento que le hacían se daba una palmada en el muslo exclamando:

—¡Dios mío, cómo marcha el siglo!

Mirmont acabó por separarse de Camila para ir en busca de las dos señoras, y, cosa extraña, la joven que tan poca atención le prestaba, no se vió abandonada sin sentir cierto despecho, al verle sentar al lado de Clara; no pudo pasar sin colocarse lo más cerca posible para oír su conversación.

Aquella conversación, aunque superficial y fría, bastaba á un hombre inteligente como Mirmont, pues no puede negarse que lo era.

Hablaban de la última novela de X; un libro indigno, cuyo solo título hizo bajar los ojos á Camila, declarando á la vez que nunca leerían semejante libro; de las fuentes de Wallace, de la salud pública, de una ópera que no había tenido éxito, del elefante de la *Vuelta al Mundo*, y, por ende, del jardín de aclimatación y del intratable Toby; pues Toby y sus detestables celos ponían sobre el tapete los diferentes sistemas de educación, y ¡he aquí que Clara, pisoteando la moral y el respeto á la maternidad, se atrevió á hablar de los defectos de su hijo, comparándoles con los del elefante joven y de mal genio que había en el jardín! Camila, al oír á su amiga, no pudo reprimirse y sus ojos, llenos de

piEDAD, se fijaron en Pablo como diciéndole, que había hecho muy mala elección de esposa.

Pablo no parecía preocuparse gran cosa de la desgracia que le atribufan; hablaba con animación, le gustaba la ciencia, amándola apasionadamente, la veía de continuo crecer y extenderse con la alegría de un padre que contempla el desarrollo de su hijo; con la de un ciudadano que asiste á la gloria de su nación; con algo más amplio, más elevado, más impresional que todos estos sentimientos y que únicamente conocen los que aman de veras á la ciencia y á los hombres. Hablaba como un amante apasionado, y con esa parte de modesto orgullo que se reserva el operario que ha tenido intervención en una obra grande, que sabe es útil su labor. Aquella conversación llenaba su alma, y si Camila no comprendía sus palabras en cambio admiraba su elocuencia y la expresión de su semblante.

Las mujeres admiten con facilidad que el hombre á quien aman, viva en un ambiente que les es desconocido por entero. Se contentan con la parte que se les da, y le permiten que pase lo mejor de su vida en un orden de ideas que ignoran en absoluto. De aquí proviene su dominio sobre los depravados que no ven en ellas más que un paréntesis en sus trabajos de orden más elevado; de aquí proviene también su debilidad en los momentos en que su dicha está en la balanza, entre el deber ó el interés de los hombres. ¡Nunca pueden saber lo que pierden en dignidad y valor moral, á los ojos de su marido, cuando abdican del sagrado derecho de compartir sus fatigas, sus trabajos, sus penas, y también la recompensa de los mismos!

Camila no iba tan lejos ¿qué le importaba la ciencia? ¿Y la filosofía? ¡aun mucho menos! Los hombres se ocupaban de esas cosas, y las mujeres debían ignorarlas por modestia, por pudor femenino; una mujer muy instruída, á los ojos de Camila, como á los de la mayor parte de las demás mujeres, es un poco sospechoso y casi digno de censura. El *deber* de una mujer bien educada está en no tratar de elevarse por encima de su sexo.

Pablo continuaba hablando, y Camila mirándole. La música de aquella voz viril la encantaba hasta el éxtasis. ¡Que no hubiera dado porque le hablase á ella con aquel calor, con aquel entusiasmo. De repente se detuvo por una falta de memoria, se interrumpió buscando en su imaginación, y no encontrando, impaciente, se dirigió á su esposa.

—Clara, ¿sabes cómo se llama el célebre astrónomo ruso?

—Struve—respondió su esposa con sencillez, continuando la frase que dirigía á Mirmont.

—¡Struve, sí, este es!—Y Pablo siguió la conversación.

Camila quedó como en un sueño mecida por aquella voz querida.

¡También se ocupaba Clara de esas cosas... conocía los nombres de los sabios... No sería una casualidad! A veces también se mezcla el nombre de los astrónomos rusos con el de los elefantes del Jardín de aclimatación.

Gustavo observaba los ojos de Camila, viéndola gravemente emocionada; la calma de Clara le admiraba; no podía explicarse el que no hubiese notado las inten-

ciones de su amiga, y al mismo tiempo mil ideas diferentes se agitaron en su cerebro. Al fin terminó Pablo su conversación y Clara se puso en pie para marchar.

—Ustedes comerán con nosotros el domingo—dijo á los esposos Frogé.—Camila, tú también vendrás. Señor Mirmont, mi esposo quiere rogarle sea usted de los nuestros.

Pablo agregó algunas frases, y Mirmont, impulsado por un intento de perversidad, aceptó sin querer preguntarse con qué objeto le invitaban. Le hubiera costado poco trabajo confesarse que se le miraba como un pretendiente, por más que respecto á Camila sólo tenía vagas intenciones y muy poco matrimoniales. Aceptó porque le parecía que entre las dos mujeres se había empeñado una extraña partida y deseaba conocer el desenlace.

Se despidieron, y nuestro funcionario, á la vez que caminaba iba mirando á los astros; después de veinte minutos de reflexión se dijo, sonriendo á las castas estrellas:

—Son las dos muy hermosas, y sería muy extraño que de las dos, cuando menos, no cayese una en mi poder... Los celos, el despecho, la venganza... ¡la vida es pura diversión!

Media hora después Gustavo Mirmont ponía la cabeza sobre la almohada durmiéndose con la tranquilidad de un justo.